

Excmos. e Ilmos. Señores

Claustro, Alumnos y todos cuantos trabajáis en la Universidad Señoras y Señores.

Quiero empezar estas breves palabras expresando en voz alta un sentimiento muy personal. Pocas veces en mi vida he comprendido con tanta claridad como ahora las grandes ventajas de ser lo que en estos momentos no soy: espectador. Porque ser espectador en un acto académico como el que nos reúne supone ejercitar la virtud de la comprensión, es muestra del noble afán de colaborar y, sobre todo, pone de relieve una actitud muy universitaria: prestar generosa amistad a quien por turno protocolario le corresponde hacer uso de la palabra. Estas, y otras muchas razones, me llevan a daros a todos las más sentidas gracias.

Recibir el nombramiento de Rector de esta universidad equivale a contraer una deuda por la confianza depositada. Y la confianza es siempre acreedora de la mejor gratitud. Vaya pues, en primer lugar, mi agradecimiento al Gran Canciller, Excmo. y Revmo. Dr. D. Álvaro del Portillo. Su fidelidad merece la honra de ser la voz más autorizada para señalar el camino, las huellas de santidad que, en su imborrable paso por la tierra, dejó el Fundador de esta Universidad.

Lo que voy a decir a continuación estoy seguro que os alegrará a todos, o mejor dicho, a todos menos a uno. No quiero ni debo soslayar el rendir pública gratitud a quien durante trece años ha sido Rector de la Universidad de Navarra. Perdona, Rector Ponz, pero la Universidad está por encima de tu natural reparo de oír alabanzas referidas a tu persona.

Habéis escuchado el nombramiento del Profesor Ponz como Vicerrector de la Universidad. Os aseguro que me ha conmovido profundamente la sencillez con que el Rector Ponz aceptó continuar en tareas de gobierno. Y aunque es propio del quehacer universitario prestar servicio sin esperar recompensa, un elemental deber de justicia me lleva a resaltar la altura de miras que siempre ha presidido su actuación. Me viene al recuerdo una idea del Fundador de la Universidad: Los talentos propios han de ser puestos al servicio de los demás. Si no, de poco sirven. Si entregar el testigo del relevo, después de esforzada marcha, es mérito digno de aplauso; continuar a la vera de quien inicia la andadura, es patrimonio reservado a los grandes de espíritu: en este caso, el aplauso resulta pobre y debe ceder paso a la profunda admiración.

Es humano, y por tanto no infrecuente, que en actos de toma de posesión como el que ahora nos ocupa, pueda pasar por algunas mentes vaticinar éxitos o temer fracasos para quien asume el cargo. Me apresuro a tranquilizar a quienes pudieran encontrarse en esa situación. Los que trabajáis en esta Universidad bien sabéis que el gobierno colegiado y la mirada puesta más allá de las simples realizaciones materiales, constituyen la mejor garantía de una

actuación responsable, que supera venturas y desventuras. En el respeto a la libertad ajena se cimenta la exigencia de la propia responsabilidad, y en el cumplimiento de la función social que corresponde a la actividad universitaria, todos los que trabajamos en esta Universidad –absolutamente todos- tenemos la misma dignidad: la dignidad del trabajo. Admitir y defender esa dignidad constituye la base del mutuo respeto y la recíproca colaboración.

Quizá por mi dedicación profesional a la docencia e investigación en temas de empresa, veo la actividad universitaria como la realización organizada de una función pública. Y quiero aclarar que por función pública entiendo aquella tarea de servicio, con finalidad social, que obliga directamente a todos los ciudadanos con toda la fuerza de obligar que reclaman los intereses generales del país. Y si hay alguna institución que de un modo desinteresado contribuye a los intereses generales de un país, esa institución es la Universidad. Allí donde los ciudadanos no puedan llegar, corresponde al Estado acudir para satisfacer la necesidad. La Universidad de Navarra es una entidad no estatal que cumple una función pública, y en este sentido está prestando, desde la iniciativa privada, nunca privativa o excluyente, un servicio a la sociedad. Por ser Universidad es universal, con esa universalidad que aleja planteamientos miopes incompatibles con la realidad del mundo contemporáneo. Por ser Universidad cumple, con gusto, el deber voluntariamente asumido de prestar especial atención a las cuestiones que demandan solución en la tierra que es su sede. Misión de esta Universidad de Navarra es facilitar respuestas intelectualmente válidas y con eficacia operativa a no pocas de las cuestiones que cotidianamente surgen en Navarra. Y a quien formule preguntas a la universidad, vengan de donde vinieren, sólo se le pedirá respeto a la libertad ajena y consideración para quien tiene una legítima autonomía que no se debe ignorar.

La razón profunda del actuar humano hay que situarla en el espíritu. Por eso, actuar sin ideas es caminar por el vacío de la ignorancia. Es necesario poner todos los medios no sólo para conseguir que no se pierda una inteligencia capaz, sino para despertar, desde la edad más temprana, uno de lo más nobles afanes: el afán de aprender. Y esto supone generosidad, porque la vida de la inteligencia exige preparar hoy lo que solo años después se verá.

La generosidad social es resultado de la generosidad individual. Allí donde el ciudadano no sabe ejercer libremente su responsabilidad, se corre el riesgo de sustituciones fraudulentas que en definitiva son como máscaras vacías que sólo tienen de humano su apariencia. Y estas ideas son de especial importancia en la tarea de educar y enseñar a todos los niveles: porque la libertad y la responsabilidad no se compran, se aprenden.

Es propio de la actividad universitaria la búsqueda de la verdad; por eso la Universidad es sede adecuada para el diálogo. Dialogar en forma plural al

servicio de la verdad, exige ánimo sereno. El grito que rompe el diálogo de la verdad, exige ánimo sereno. El grito que rompe el diálogo, destruye la verdad y abre puertas al peor de los silencios: el silencio de la incomprensión. Me consta que este espíritu abierto y joven preside el trabajo de cuantos nos integramos en la maravillosa tarea de hacer, día a día, la Universidad de Navarra.

Al concluir estas palabras, deseo expresaros mi íntima convicción de que la Universidad de Navarra continuará adelante, con la ayuda de Dios, la tarea hace años iniciada. El mejor aval de esta convicción lo constituye uno de los más preciados legados de su Fundador: el amor a la verdad y a la libertad.

Muchas gracias.

25 de abril de 1979
Universidad de Navarra

Palabras de D. Alfonso Nieto, en su toma de posesión como Rector de la Universidad de Navarra